

de pintarla con los bellos coloridos que él la matiza en esta sencilla y sublime expansion. "En mi primera juventud me impedía investigar la verdad, cierta timidez infantil que tenía mucho de superstición; pero habiéndome hinchado el corazón la edad misma me precipita en otro exceso: oía hablar de hombres que afirmaban poseer el poder de sacar del error, sin acudir á la autoridad imperiosa, á todo el que asistiera á sus lecciones, y presentarle la verdad sin velo alguno. A la sazón era yo todo fuego, todo atolondramiento, como es la juventud; amando la verdad, si bien con esa especie de orgullo que se contrae en la escuela, cuando se oye discutir sobre todas las materias á hombres reputados por sabios. Así, yo no podía mas que entrar en la liza, desdeñando como fábula cuanto superaba á mi inteligencia y á mis sentidos. ¡Cuán ciego estaba! busqué por el camino de la soberbia lo que solo se halla por el de la verdad ¹. Estuve nueve años con los maniqueos... Sin embargo, no pudo ocultárseme, que eran mas fecundos en argumentos para combatir la doctrina de la Iglesia, que para establecer la suya ²."

Cuando consiguió tranquilizar su espíritu reposando en la tranquilidad, combatiendo los errores de los demas, discutió los puntos mas espinosos

¹ Serm. LI., cap. 5, núm. 6.

² De utilitate credendi, cap. 1, núm. 2.

de la filosofía: refutando los académicos establece la cuestión de lo finito é infinito: contra los maniqueos trata del origen del mal: aduce contra los pelagianos varias relaciones entre lo necesario y lo contingente: establece las relaciones que existen entre la ciencia y la fé, en otros varios trabajos que hizo destinados á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fé: en cuanto fué el primero en Occidente que redujo á sistema la doctrina del Evangelio, puede considerarse como padre del dogmatismo latino: en su filosofía afirma que la verdad habita en el fuero interno del hombre ¹, lo cual quería explicar sin duda esta sentencia admirada, *conócete á tí propio*, y presenta la observación de los hechos interiores como el manantial de las verdades mas sublimes: doctrina inmensamente superior al empirismo vulgar de Locke que todo quiere deducirlo de la observación exterior: el *yo soy* que carece de apoyo en Descartes porque supone uno mayor, no lo acepta el santo mas que como un principio no cuestionado por los académicos á quienes refuta, y no como una primera verdad. Prueba que el hombre sabe por su propia conciencia, que vive, siente y comprende, lo que equivale á conocer su alma, esto es, el sujeto que vive, siente y comprende: aun se encuen-

¹ De vera religione 39.

tran en sus escritos opiniones con que se honran filósofos posteriores, y otras cuyo olvido ha arrasrado al error mas pernicioso. Su tratado *de las cosas que no se ven* está escrito contra los que rechazan el cristianismo, porque impone la obligacion de creer lo que está fuera del alcance de los sentidos: allí patentiza que de no creer lo que no se vé, la sociedad civil carece de base, y añade que nuestra creencia se apoya tambien en pruebas sensibles como el cumplimiento de las profecías, y sobre todo, el cambio del mundo operado por el Crucificado: tambien hizo la guerra á la astrología, muy en boga aún en su tiempo. En política añade á las palabras de S. Pablo: *No hay poder que no sea establecido por Dios*, estas otras: *Ora le ordene, ora le permita*. El cristianismo no habia podido desterrar la máxima ominosa de que el derecho de vida y de muerte pertenece al soberano; aun no se habia formado un nuevo derecho político, que estableciese distincion entre la fuerza y el derecho de juzgar. S. Agustin escusa la necesidad de la guerra cuando se trata de repeler la fuerza, de vindicar la injuria y el perjuicio irrogado á los súbditos, de oponerse á vecinos ambiciosos; pero admite que puede hacerla inicua la injusticia de su principio, la violencia de los medios, el abuso de la victoria, el encarnizamiento contra el enemigo, la crueldad de las represalias, la turbulencia causada á la paz de los ino-

centes, las violencias de toda clase cuando es posible impedir las ¹: y en su respuesta á Marcelino coordina la religion con la política con admiracion de los paganos.

Cuando Alarico tomó á Roma, los cristianos clamaban que era un castigo del cielo en venganza de la sangre de los mártires que allí se habia deramado, y los gentiles sostenian que era un castigo impuesto por los dioses abandonados, culpando del desastre y ruina del imperio á los cristianos. Agustin les opuso una obra histórica y filosófica á la par, la *Ciudad de Dios*, monumento de tradicion y de genio en que acomete la empresa de demostrar que las ideas de virtud y de gloria han sido conculcadas por el paganismo, y busca en éste las verdaderas causas de la ruina del imperio, pone frente á frente las dos civilizaciones que luchan, y pronuncia la sentencia de muerte de una de ellas con una conviccion desconocida hasta entonces en la historia, al tiempo que pronuncia el triunfo de la otra que, en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos del cielo, continúa desde Abel ganando terreno y caminando á su gloria: con poco cuidado que se lea este libro, se verá en esta magnífica epopeya, desde qué punto de vista tan elevado supo su ilustre autor, antes que otro alguno, abarcar de una sola

¹ Refutacion del maniqueo Fausto.

ojeada la humanidad entera: desde la mas remota antigüedad habia comprendido el hombre en el órden del mundo un designio de la Providencia; pero ningun filósofo habia discurrido, ni escrito ningun historiador que, bajo la continua variedad de los acontecimientos, se ocultaba un fin inmutable y necesario á ella.

Y en efecto, ¿cómo adivinarlo? cada una de las naciones caminaba por su vía, cual si hubieran sido diferentes una de otra: el libre albedrío del hombre, la fuerza, las victorias, los desastres decidian de la suerte de los pueblos. Solo el cristianismo podia anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, que la estension de su reinado es el fin á que se dirigen las cosas humanas, aun en lo que parece que mas las aparta de su objeto; las persecuciones habian ofrecido una triste prueba de esto, y los Padres habian proclamado que la propagacion del Evangelio es el fin á que la Providencia hace propender las cosas de este mundo. Sus obras, que formaban doscientos cincuenta volúmenes, y que su biógrafo Posidio hace subir á mil treinta obras las revisadas por él en la ancianidad, que le hicieron escribir sus *retractaciones*, en las que corrigió y esclareció algunas de sus opiniones menos justas ó menos claras.

El español Paulo Orosio, impulsado por la obra de S. Agustin, la *Ciudad de Dios*, acometió la em-

presa de demostrar en su *Ornesta mundi*¹ que desde que el mundo existe han desolado al género humano grandes calamidades, que en su consecuencia no debian estrañarse las presentes por desastrosas que fueran; de aquí dedujo que la vida es una senda de expiacion, por la que avanza el hombre al traves de mil amarguras que le preparan allí á la felicidad verdadera, de que puede disfrutar de antemano en la tierra aquel que aprende de la religion á aceptar las pruebas como deben serlo. Cuando los vándalos ocuparon el Africa, á los gentiles, que achacaban al cristianismo los reveses del imperio, se reunieron los cristianos quejándose de que la virtud y los padecimientos solo les acarreaban infortunios, lo que movió á Salviano á escribir su libro *Del gobierno de Dios*, en el cual despues de haber demostrado con cuánto error se juzga del bien y del mal en el mundo, busca en la historia la manifestacion de la justicia divina, de la que no es posible quejarse con fundamento, cuando es tan general la corrupcion dentro y fuera de la Iglesia; estableciendo comparaciones llenas de ricas descripciones y de pasajes patéticos, señala entre los bárbaros devas-

1 Se ignora la etimología de este nombre, y así nos inclinamos á creer puede ser error del copista que hallaria escrito *Pauli Or. mesta mundi*. Paulo marchó á Palestina luego con S. Gerónimo y sembró la desunion entre el Pelagio y Juan de Jerusalem.

tadores del imperio, virtudes ignoradas ó caídas en desuso entre los romanos, de donde se sigue que no hay motivo para que causen estrañeza sus triunfos. Así se anticipó á la doctrina predicada en nuestros dias, que la lucha empeñada entre dos causas, siempre acaba por triunfar la mejor de ellas, y demostró lo que no habian visto sus contemporáneos ni comprendieron, esto es, que la caída del imperio engendraria una civilizacion nueva constituida sobre las bases del cristianismo.

Volvamos la vista de los oradores á los poetas: éstos como aquellos estaban reunidos en gremios, tenian sus gefes y por ellos se dejaban conducir al palacio de los magnates para celebrar, ora sus dias onomásticos, ya los matrimonios, y hasta sus propias alabanzas; de aquí ese diluvio de versos, inspiraciones del hambre ó del servilismo, cuyos autores con sus imitadores deben yacer en el olvido como profanadores de la dignidad del arte y de la ciencia. Otros trataban asuntos didácticos, la mayor parte materiales, como la pesca, la caza, ó componian poesías descriptivas en las cuales la elegancia ocultaba la mezquindad del estilo, y nadie piensa ya en los poemas astrológicos sino los aficionados á rarezas. En tanto el egipcio Nono de Panópolis nos ha dejado las *Dyonisiacas*, ó sean las hazañas de Baco, poema en cuarenta y ocho libros; en él hace alarde de una vasta erudicion, con la cual ha reunido las mil tradiciones divul-

gadas acerca de su héroe, y en el cual las fábulas son variadísimas, las imágenes bellas, y los sentimientos verdaderos, pero el estilo carece de gusto; sin embargo, tal vez se debe á su autor que el exámetro sea mas corriente y elegante. Tambien compuso un poema cristiano que nos induce á creer que al fin se convirtió á la fé. Ciro, su compatriota, si bien propendió al paganismo, debe á su talento que le valió la proteccion de Teodosio y Eudoxia, su elevacion. Museo nos ha dejado su *Hero y Leandro*, poema de cortas dimensiones, pero que por su sencillez y disposicion merece un lugar entre los trágicos, aunque les supera en el afectuoso colorido con que reviste el amor sensual. Sigue Quinto Esmirnio, que en sus *Paralipómenos* se propuso continuar la Hiliada; el *Rapto de Helena* de Catulo de Licópolis y sus *Calidioniacos* se enlazan con los poemas homéricos; Trifiodoro nos ha dejado la *Maratoniaca*, la *Hippodamia* y la *Odisea lipogramática*, en cada uno de cuyos cantos omite una letra del alfabeto, y en todos la s. Los seis himnos de Prodo elevan su nombre á la altura de un regular poeta.

Al lado de estos hombres frívolos, resto de aquel paganismo que concluia y de aquella agonizante civilizacion que todo su cetro no podia resucitar, al lado de aquellos hombres degradados para quienes lo era todo la adulacion y nada la dignidad, se levantan hombres de la nueva reli-

gion con una alma de fuego, que sobre la rima gentil van á elevar la cristiana; hombres que, arrebataando las flores del Pindo van á trasladarlas al Gólgota, y que pulsando la lira de Sion van á acallar los acentos de la del Parnaso. Gregorio Nacianceno compuso una tragedia á la pasion de Cristo; Eudisia y Falconia Proba cantan tambien al Dios del Calvario, y Publilio Octavio Porficio se hizo célebre por sus estravagancias. Verdad es que las composiciones que acabamos de anotar tienen infinitos defectos, verdad es que no pueden competir con las de sus antagonistas, pero ellos son los primeros ecos y la cuna de esa poesía sublime que encanta en los poetas cristianos, y cuyos acentos semi-rudos habian de inspirar las grandes obras que admiramos: al lado del bajo adúlador Claudiano, del insípido Mesobaldo, del mordaz Rutilio Claudio Numanciano, se levantan hombres de rígidas costumbres, de dulces y religiosas inspiraciones, de rectas ideas y santos pensamientos que han de reformar la poesía, y cuyos armoniosos versos la han de elevar á una altura admirable.

En su mayor parte los regeneradores de la poesía, los que la hicieron servir á la causa de la religion son españoles, y á nuestra patria, que tanta gloria dieron, toca no olvidarlos. Somos españoles, y lejos de nuestra pluma la ingratitud, y en tanto, pues, como sacerdotes y españoles no

olvidemos á nuestros hermanos y compatriotas, tan dignos del aprecio del mundo literario y religioso. El primero que descuella entre la turba parásita y menguada, y pulsa la lira con dignidad y elevacion, y hace resucitar los clásicos y florecer los buenos dias de la poesía es Rufo Festo Avieno: los *Fenómenos*, los *Pronósticos*, la *Metaphasis pariegexeos*, la *Hora marítima*, son poemas que unen lo agradable á lo instructivo, lo dulce á lo útil, y en los que la regla del arte, la belleza de imágenes, la verdad de descripciones enlazadas con admirable sencillez, forman un conjunto que hacen de sus composiciones los mas hermosos y bellos adornos de las musas de su tiempo, las mejores flores de la poesía, las primicias de la encantadora musa del cristianismo. Su talento valió á Décimo Magno Ausonio el ascenso á las primeras dignidades del imperio, las consideraciones de Valentiniano y la amistad de Graciano; y si en sus epigramas se aparta de la dignidad y decencia, tambien en sus epitafios, en la *Perentalia* y en sus prefacios descubre rasgos admirables, y sobre todo en sus idilios, particularmente el que compuso con motivo de la Pascua, nada deja que desear en piedad y belleza, brillando siempre en su versificacion los hermosos giros y finura que tanto ensalza el verso latino, mereciendo que sus obras fuesen pedidas por Teodosio, y que á porfia los emperadores le colmasen por ellas de ho-